

# COMO GOTAS DE AGUA

*Agustín ROS*

TEATRO  
COLECCIÓN "PREMIO BUERO VALLEJO"



Agustín Ros

*Como gotas de agua*

**Premio de Teatro BUERO VALLEJO**

**«Ciudad de Guadalajara» 1994**

**EDITA: PATRONATO MUNICIPAL DE CULTURA  
AYUNTAMIENTO DE GUADALAJARA**

**DISEÑO: LEONA**

**IMPRIME: GRÁFICAS NUEVA ALCARRIA, S. L. -- GUADALAJARA**

**ISBN: 84-87874-12-6**

**DEPÓSITO LEGAL: GU-36/1995**

# **COMO GOTAS DE AGUA**

*Agustín ROS*



## PERSONAJES

<b>MORRIS</b>	padre y esposo
<b>IRIS</b>	madre y esposa
<b>ALEJANDRO</b>	hijo
<b>TEO</b>	hijo
<b>EDUARDO</b>	hermano mayor de Morris
<b>TASIO</b>	amigo de Morris
<b>NATALIA</b>	amiga de infancia de Alejandro y Teo
<b>CAMARERO</b>	

Dos personas fingen remar  
lentamente.  
Una bella mujer oprime  
con fuerza  
un ramillete de rosas blancas  
junto a su pecho.  
Jóvenes pescadores lanzan sus sedales  
repetidamente.  
Niños de cabellos alborotados,  
ingenuos y sonrientes,  
recorren con insistencia atroz  
ambos márgenes del canal.

Suena en la distancia,  
sobre la ciudad,  
un alargado violonchelo.  
Y entre los trinos de los gorriones,  
un trombón brillante  
esparce lamentos en la tarde.

La gente llora o sonríe.  
Muere o vive.  
Recuerda o improvisa.  
Lentamente las piedras blancas  
pierden su brillo.  
Y la cálida luminosidad de la tarde  
cede su lugar  
a las sombras.

Una esbelta bailarina de cristal  
se arquea y se fragmenta  
observando lágrimas y sollozos  
tras la ventana parcialmente abierta.



# I

*(En escena, cuatro personas. Dos de ellas están sentadas en sillas de madera clara; las otras dos, en el suelo.)*

*El escenario está parcialmente iluminado, permitiendo distinguir a todos los actores. Las sillas se dan la espalda de modo que los actores no se puedan mirar. Ocupan la parte izquierda del escenario. Los que permanecen en el suelo están sentados uno frente a otro; se miran, cuchicheando entre ellos, y fingen jugar con objetos esféricos de varios tamaños. Se encuentran a la derecha del escenario.)*

IRIS: *(Ocupa la silla que da la espalda a los espectadores. Su voz suena preocupada y con tono escéptico.)* Has tomado la decisión o aún debemos esperar. Si no te das prisa, nuestros hijos se convertirán en hombres y tú en un viejo achacoso que necesitará bastón para desplazarse lentamente de un lugar a otro.

MORRIS: *(Sentado en la silla que da la espalda a Iris, mira hacia los espectadores.)* Siempre escucho la misma historia. Te repito que es muy difícil tomar una decisión tan importante con tan poco tiempo. Sólo llevo unos años meditándolo; como ya sabes, siempre estoy ocupado en un millón de cosas.

IRIS: Siempre escucho la misma excusa. ¿Cuándo podré escuchar algo distinto? Sé que no eres capaz de decidirte.

MORRIS: No; no es eso. Pero tengo cosas más importantes en las que pensar. Sólo un poco de tiempo más y seré capaz de decidirme.

IRIS: Pero no es justo. Yo tomé esta decisión hace mucho tiempo y sólo por tu comodidad he de someterme a este estado mediocre e indeterminado.

MORRIS: Por algo te casaste conmigo. Eres mi mujer, no lo olvides.

IRIS: Es una respuesta apropiada a una pregunta que nunca debí haberte planteado. Debí seguir, sólo por una vez, lo que parecía dictar mi conciencia sin esperar tu aprobación.

MORRIS: No entiendo lo que dices.

IRIS: *(Elevando su voz e increpando con ella a Morris.)* ¿Y cuánto tiempo debo suponer que durará mi espera? ¡Es a ti a quien pregunto!

MORRIS: *(Subiendo también el tono de la voz.)* ¡Déjame en paz! Siempre quieres saber demasiado. Desde el principio me enredaste bien con tus enrevesadas preguntas y tus rarezas.

IRIS: *(Bajando la voz y casi hablando consigo misma.)* Eres injusto como casi siempre. Sabes que la injusticia es capaz de desarmarme y la utilizas sin vacilación. *(Como preguntándose ella misma.)* ¿Qué vida piensas que me has dado tú?

MORRIS: Siempre hemos vivido muy dignamente; nunca te faltó de nada. Mi comportamiento ha sido intachable. ¿Qué queja podrías tener de mí?

IRIS: No; si, realmente, no te reprocho nada... La gran culpable, al menos en lo más hondo de mí pesa inerte y fría esa convicción, soy yo. Mi vida la he arruinado yo, sin una conciencia clara de lo que estaba sucediendo.

Por amor... En ocasiones pensaba que por amor, por lealtad o qué sé yo. En ocasiones pensaba; bueno, tal vez más bien deseaba, que todo cambiara, que un día las cosas volvieran a ser como al principio: vitales, apasionadas, con esperanza y ganas de construir algo en común.

Pero... ¿qué principio? La euforia de unos cuantos meses no es suficiente para sujetar con fuerza nada. Todo acaba precipitándose sin remedio, y ya ves, ambos malogramos nuestras vidas.

MORRIS: ¡Nunca pensé que fueses tan desdichada! A pesar de los

grandes inconvenientes, también hemos tenido momentos de dicha. En muchas ocasiones nos divertíamos. Yo te creía feliz, te veía sonreír.

IRIS: Momentos. Sí, a veces era feliz; pero...

MORRIS: ¿Qué?

IRIS: ¡No por ti! (*Dice gritando. Después baja el tono de su voz hasta hacerla normal y continúa.*) Ni por nuestra relación; sólo por un cúmulo de difusas circunstancias al margen. ¡No!, una vida no se compone de esos momentos. Hay mucho más. Ni aunque me hubieses visto sonreír siempre. Esa felicidad externa no llena una vida, que, aunque tan breve, demanda intensidad.

No te das cuenta aún. Nos hicimos bien la puñeta, desplazando la posibilidad de vivir; pero de vivir a nuestras anchas, por una mediocre, aunque tal vez bien intencionada, vida en común.

MORRIS: Pero... casi todo el mundo suele llevar esta vida. Y los restantes la ambicionan.

IRIS: Sí; es cierto y tan desalentador. Una gran mayoría cometemos el mismo error, nos equivocamos, creemos sencillo algo tan complejo y nos lanzamos a la aventura de la infelicidad compartida, como si no fuese bastante ser infeliz a solas.

MORRIS: ¡No es cierto! No crees en lo que dices, lo sé. Tú eras feliz: tus hijos, tu hogar...

IRIS: (*Cortando sus palabras.*) ¡Basta ya! ¡Qué demonios! ¿Cómo podías tú saber si yo era feliz? ¿Lo preguntaste alguna vez? Deja ya de atormentarte y, a la vez, de atormentarme a mí. Reconócelo y no trates de justificar lo patético de nuestras vidas. ¡Es tan absurdo! Hemos desperdiciado demasiado tiempo para una solución de otro tipo y tú continúas, como en tantas ocasiones en que te he preguntado, pidiéndome más tiempo, mucho más tiempo. (*En voz baja.*) ¡Calzonazos!

MORRIS: ¿Cómo? ¿Qué has dicho? (*Sorprendido no por no haber entendido lo que ha dicho, sino por haberlo entendido.*)

IRIS: (*Elevando la voz y con rotundidad.*) ¡Que eres un calzonazos! (*Gritando.*) ¡Sí, un calzonazos!

Creo saber por qué lo haces. Temes enfrentarte a todo. Ahora, tu mayor miedo es la soledad, piénsalo. No podrías quedarte solo, lo sabes.

Yo ya superé ese miedo. Junto a ti no he estado mucho peor que sola. Me siento incómoda. Cuando se marcharon los niños lo pasé tan mal, ¡lloré tanto cuando ellos se fueron! Y solamente porque no deseaba quedarme a solas contigo en esta casa que se me hacía inmensa y cruelmente extraña.

MORRIS: No es posible. ¡Quién lo hubiese pensado! (*Reflexionando para sí.*) La edad te ha vuelto loca. (*Dirigiéndose a ella.*) Hablas ingenua y torpemente, como si de verdad hubieses podido aspirar tú a otro tipo de felicidad.

IRIS: Eres un engreído o más idiota de lo que nunca pensé.

MORRIS: (*Alzando la voz y con tono claramente imperativo.*) ¡Cómo te atreves! Yo te prohíbo que hables de esa manera. Pareces una vulgar mujerzuela.

IRIS: Tú ya no me puedes prohibir nada. Y sí, aunque no lo creas, en estos momentos me siento mucho más mujer que en toda mi vida. Junto a ti, por no decir ante ti, me olvidé de mí misma; de mis necesidades, de mis gustos, de mis caprichos... Y todo para satisfacer tus deseos y los de tus hijos. ¡Me arrepiento! No imaginarías nunca cómo me arrepiento. No creas que por haber dedicado mi vida a vosotros, no; no por eso. Sino por no haber dedicado ni un pequeño ápice a mí misma. Aunque no lo creas, siempre tuve muchos sueños...

MORRIS: (*En tono triunfal.*) Los sueños no se comen. Yo sí he malgastado mi vida, siempre trabajando para vosotros. Nunca os faltó de nada.

IRIS: Siempre vuelves a lo mismo. Repites una y otra vez las mismas palabras necias que, a fuerza de discutir en sordos diálogos, han quedado impresas en tu mente. Durante este tiempo hemos vivido juntos, pero nunca, ¿me entiendes?, nunca hemos convivido realmente.

¡Qué sabemos de compartir! Nos hemos mirado a los ojos, pero sin vernos como somos auténticamente. En ocasiones me pregunto cómo he podido estar tan alejada de alguien con quien me acostaba cada noche.

MORRIS: ¡Conque eso! Haber empezado por ahí. Deseabas a otro hombre. Hubieras querido acostarte con otro. ¿Quién? Algún conocido, tal vez. Eres...

IRIS: (*Fuera de sí.*) ¿Qué? ¿Una puta? ¿Una zorra que se ponía cachonda con otros hombres? ¿Crees que es eso? Eres imbécil y es tan triste descubrirlo ahora.

(*Bajando el tono de su voz, como más perdida y distante.*) Claro que he deseado a otro hombre. Un hombre tierno, comprensivo, capaz de entender, de comprender, de amar, de amarme tal vez con defectos y rarezas, alguien con quien compartir mis sueños, mis ilusiones, mi frustración y mi vacío. Ese hombre no eres tú, aunque en un principio las cosas fueron distintas, pero fue tan breve. ¿Has llorado alguna vez?

MORRIS: (*Extrañado.*) ¿Qué tiene eso que ver? ¿A cuento de qué una pregunta tan tonta? ¿Qué sé yo...! ¡Claro que habré llorado alguna vez!

IRIS: Que cuesta decirlo sin más, sin toda esa dureza de la que pretendes recubrirte. Lo mismo tú no tienes la culpa; lo mismo todo nos obliga a ser así.

MORRIS: ¿Qué quieres decir? ¿De qué hablas? Di lo que tengas que decir sin tapujos. Hablemos claro, aunque sea por primera vez.

IRIS: (*Ajena a la conversación y moviendo los brazos de forma excesiva, dando a la voz un tono lejando y musical.*) La primera vez fue a

media tarde. Desde mi ventana la espera se hacía eterna, pero por fin me estrechabas entre tus brazos, me cogías la mano e íbamos a pasear. (*Dirigiéndose de nuevo a él, pero con voz amable.*) Te suplico que tomes la decisión de una vez.

MORRIS: No hay decisión, porque nunca hemos sido capaces de decidir. Siempre tuvimos buenas intenciones. (*Cambiando el tono duro de su voz, hablando con nostalgia y melancolía.*) Lo más amplio del horizonte a nuestros pies, pero como en todo nos olvidamos de su fragilidad y, al tiempo que palidecía, miramos sus ojos con ansia de cambio. Pero era tarde, ya estaba demasiado enfermo y sólo quería morir. (*Se pone en pie y lentamente recita:*)

*Te traeré cada mañana  
en puñados pequeñitos  
estrellas de nieve blanca  
y suspiros infinitos.*

*Llenaré tu piel de plumas,  
de caricias y nostalgias,  
y en los ojos de la luna  
te haré olvidar las desgracias.*

*Y cuando dormido en viento  
presienta que estás volando,  
me transformaré en cometa  
para seguirte rondando.*

(*Se hace la oscuridad en escena. Por espacio de un minuto, sólo silencio. La luz retorna lentamente. De fondo y muy débil se escucha un vals fácilmente reconocible. Sólo un foco sigue a Morris, que deambula por el escenario simulando bailar.*)

MORRIS: *(Se detiene bruscamente y afirma con rotundidad.)* Los que se quieren siempre bailan un vals. Entre las olas, los amantes siempre escuchan el sonido circular de un vals cuando se imaginan cercanos y compartiendo el aliento. *(Con la voz calmada.)* Vals... Vals... *(Repite varias veces la palabra, poniendo mucho énfasis y girando en círculo hacia el centro del escenario. Canturrea, a la vez que da vueltas.)*

Tres veces una paloma  
se posaba en mi ventana.

Una paloma pequeña  
que del sueño me sacaba.

Tres veces una paloma  
llega hasta el alféizar  
y golpea silenciosa en el cristal  
para compartir el cielo.

*(Se detiene bruscamente y mira hacia los espectadores, sin verlos realmente. Sus ojos vagan lejanos y distantes, quizás en el fondo de sí mismo.)*

Era primavera y los árboles daban las primeras flores. Desde mi ventana escuchaba los ruidos de la ciudad. Y se aceleraba mi corazón pensando en mi cita de la tarde. Mentalmente me vestía una y otra vez, ensayaba todo cuanto pensaba hacer o decir, suspiraba y escuchaba a mi hermano practicando con su flauta.

*(Una flauta se deja oír en escena y la luz, paulatinamente, desaparece. Unos segundos de oscuridad.)*

*La luz reaparece en escena. Cuando vuelve a aparecer, Morris y su hermano se encuentran en el escenario, sobre el que no hay nada más.*

*Morris da la espalda al otro actor, mientras que éste lo tiene enfrente, pero sin poder verlo, inmerso en sus cosas.)*

MORRIS: ¡Eduardo! *(Nadie contesta y sigue sonando la melodía en la flauta. Morris se impacienta.)* ¡Eduardo! Contesta ya. Quiero preguntarte algo.

EDUARDO: *(Deja de oírse la flauta. Con aspecto enfadado.)* Está bien. Díme, ¿qué es lo que quieres?

MORRIS: ¿Crees que sólo amando se puede encontrar la felicidad auténtica? Bueno, quizás no me he explicado bien. ¿Crees que amando a una persona se puede encontrar la felicidad?

EDUARDO: No lo sé. Aún soy demasiado joven para pensar en eso. *(Dice con fingida desgana y autosuficiencia.)*

MORRIS: Deja de decir sandeces y contesta de una vez.

EDUARDO: Yo pienso que las mujeres... *(Breve silencio.)* Porque estaremos hablando de eso, ¿verdad?

MORRIS: Sí, sí, claro. ¿Qué piensas?

EDUARDO: Bien. Para mí son como un instrumento musical. Al principio cuesta entenderlo; después comienzas a sentir que los fracasos del principio se transforman en éxitos; por fin crees que sabes algo y, al momento siguiente, descubres que... no tienes ni idea. Y así hasta el infinito. No obstante, las mujeres tienen una ventaja sobre los instrumentos de música...

MORRIS: Sí, claro. A fuerza de tanto tocarlas consigues que queden afinadas.

EDUARDO: No, querido hermano. Es más sencillo serles infieles.

MORRIS: Sí, claro. Tu flauta...

EDUARDO: Oye. No lo tomes a broma. La similitud persona-instrumento es tal que, de recapacitar, te sentirías asombrado. Una guitarra casi tiene formas idénticas a las de una mujer.

MORRIS: Sí. Y un bombo, las de la vecina de abajo.



EDUARDO: Y una flauta, las de tu profesora de literatura.

MORRIS: Me parece que no tienes ni idea de mujeres. Y si no la tienes, pienso yo, ¡para qué narices me sirve tener un hermano mayor!

EDUARDO: Pienso yo... Pienso yo... *(Canturreando, vuelve a tocar la flauta.)*

MORRIS: Esta noche estaré junto a ella. Pasearemos y nos reiremos, con la boca abierta del vuelo de las palomas.

*(En el escenario se hace la oscuridad. Sólo Morris queda iluminado. Cambia su expresión de alegría y aparente enajenación por otra fría y afectada. Se pone en pie.)*

MORRIS: Sé que ningún sí tiene importancia, cuando hasta la saciedad inundo lo pequeño del mundo con mi condescendencia. Sólo diré sí cuando al hacerlo sea feliz. Ahora sé que no hay decisión en plantarse y dejar que todo pase. Eso no es elegir; sólo dejar que nos elijan. Sólo diré sí si es para ser feliz.

*(Vuelve a sonar la flauta como un quejido oscuro y cargado de caricias. Se hace la oscuridad por completo y el escenario queda vacío. Vuelve la luz. Sin verse, se oye la voz de Iris, lenta, firme, delgada, casi transparente.)*

IRIS: Mi mundo no es de sueños. *(Dice, a medida que va apareciendo en escena.)* Mis sueños eran pequeños y mudos. Eran noches de estrellas... *(Breve silencio.)* Pero la vida era más, decían. El tiempo era más. Y el fracaso también lo era. Todos eran gigantes que quebraban mis sueños azules. *(Mirando al público.)* ¡Porque nadie será capaz de negar que las princesas encantadas existen en los sueños! *(En calma y desviando hacia el fondo la mirada.)* Y los

príncipes y los dragones. Y la fortuna y la felicidad. Y tantas cosas... *(Desaparece por la otra parte del escenario.)*

*(Durante un minuto, el escenario queda iluminado y vacío. Suena un gélido viento que se atenúa a medida que ella reaparece en escena. Va acompañada de otro actor. Él se arrodilla a los pies de ella. Se estrechan la mano.)*

TEO: Madre, madre. *(Repite, tirando con la mano del vestido de Iris, que mira a lo lejos.)* Madre; luego llegará la tarde y hará frío.

IRIS: *(Sin mirarlo, responde.)* Deja de llorar. Caminaremos hasta aquellos árboles y podremos descansar.

TEO: *(Con voz entrecortada y sollozando, se frota los ojos con los puños.)* No estoy llorando, madre. Es el viento; es el aire. No lloro, no. Sólo es el viento. Pero yo apretaré fuertemente tu mano y tú no dejarás que me lleve, ¿verdad?

IRIS: *(Sin mirarlo y sonriendo con dulce desesperanza.)* No, mi pequeñín. No dejaré que nadie te lleve. Pronto estaremos entre los árboles y podrás dormir sobre mi pecho y besaré tus cálidas mejillas y te daré todo mi calor.

TEO: *(Abriendo mucho los ojos y literalmente hundiéndolos en los de ella.)* No; todo tu calor, no. Y jugaremos con las amapolas y se esparcirán sus rojos pétalos sobre el verde del amanecer. Y corretearé entre la hierba y tú estarás mirándome, con tu camisa blanca remangada... Y llegaré. Tú me abrazarás fuertemente y sabré que ha llegado el verano y sonreiremos y dormiremos tumbados entre las margaritas.

IRIS: *(Con resignación y voz lejana y hueca.)* Sí, pero ahora hemos de llegar junto a los árboles. Está anocheciendo y pronto hará frío.

TEO: *(Sin prestar atención y sobre las inacabadas palabras de Iris, dándoles un grato atractivo de ingenuidad.)* Me gustan los árboles. Y mueven sus ramas. Ahora no tienen hojas, pero luego serán verdes. ¿Por qué luego serán verdes?

IRIS: *(No escucha, absorta en lo lejano.)*

TEO: *(Con insistencia.)* ¿Por qué tendrán luego hojas, madre? ¿Por qué?

IRIS: *(Mirando al fondo y sin perturbar su estado.)* Serán verdes y con hojas, para poder perderlas. Nacerán para morir y tener esperanzas. Para envejecer con el anhelo de un mañana deseado y bonito. Y olvidarán la nieve que los ata y la tierra que los sustenta y determina en el maravilloso ensueño del cambio.

TEO: *(Con gesto confuso e intrigado.)* No lo entiendo, madre. No lo entiendo.

IRIS: *(Casi sin voz.)* Se vestirán de verde porque creen en la infancia. Desearán las hojas, ya que son como los niños. Árbol, niño. ¿Mi niño quiere ser un árbol?

TEO: *(Sorprendido y riendo.)* No, madre. Quiero ser cielo y llenarme de azul y bandadas de pájaros blancos.

IRIS: *(Volviéndose hacia él y retirando de la cara un mechón de cabello.)* Me harás sonreír. *(Lágrimas resbalan por sus mejillas.)*

TEO: ¿Estás llorando, madre? Dime qué he hecho; no quiero verte llorando. ¿Por qué lloras? Ya pronto estaremos junto a los árboles y allí dejará de hacer frío.

IRIS: *(Con una leve sonrisa en el rostro.)* Soy feliz. *(Alzando la voz y mirando hacia todas partes.)* Sí, realmente soy feliz. Qué importa ya la nieve o el hambre; qué el cansancio. Ahora estoy tan llena, realmente tan desbordada de cariño. *(Volviéndose hacia Teo, alborotándole el cabello y besándolo en las mejillas.)* Eres mi cielo azul, con bandadas de pájaros blancos que se alejan en el horizonte y luego retornan agitando lentamente sus alas al mismo lugar. No

importa ya el bosque. Tú eres mucho más cálido que cualquier hogar pequeñín. Tú quieres vivir, tienes esperanzas, eres felizmente ingenuo. Es una hermosura, inquieto ramillete de pétalos blancos, tenerte entre mis manos. Tienes esperanzas, criatura. Pronto volveré a sonreír como en los primeros días de verano. ¿Recuerdas los pájaros que tras el invierno regresaban riendo, en mil trinos, a su nido?. (*Hundiendo la cabeza en el pecho de él.*) Eres otra vez mis esperanzas. (*Se separa de él, lo mira y vuelve a besarlo en la mejilla.*) Pronto van a volver las flores y los pájaros, que cantan sin voz desde las ramas verdes.

(*Por espacio de unos segundos permanecen en pie sobre el escenario mirando hacia la oscuridad. Teo desaparece de la escena. Ella queda sola.*)

Mi sueño... (*con voz ausente*) fue crear una familia. Sentirme rodeada por personas que significasen tanto que cuidarlas y quererlas diese sentido a mi vida, a mi quehacer. Tener hijos. En mi pensamiento siempre sonó a deliciosa poesía. A ensueño. Al más perfecto de los cariños. Todo ha pasado, pero nada ha sido como imaginé que sería. (*Gesticulando con las manos y convulsionando todo su cuerpo al tiempo que habla.*) La familia es un monstruo, retorcido e ingenuamente cruel, aferrado a lo más recóndito de nuestros sentimientos y nuestras ilusiones. Es un vampiro capaz de desecar la más intensa de las vidas. Tener hijos... (*con voz despectiva, luego alzándola*) ¡Bah! Deberíamos llamarlo por su nombre, para pensar desde siempre en el dolor y en la sangre. ¡Parir!... no es poesía ni ensueño. Sí es vida, pero a partir del dolor. Y es mundo infinito y fugaz. Quizás en sus formas sólo nos muestre lo que será después vivir; dolor contra dolor, daño frente a generosidad, y para siempre abandono y la más dolorosa de las soledades.

*(Durante unos segundos deja de hablar y reflexiona. Pasea lentamente por el escenario.)*

¡No! *(Rotundo e inesperado, continúa más serenada.)* Decir no; eso es todo. Aceptar la negación como palabra habitual. Tener un no constante en los labios, en la piel y tras los poros, en la conciencia misma. Un decir no para poder decir sí. Y cuando, por fin, un tímido sí se aproxima a nuestros desconocidos labios, sentir miedo a equivocarnos, terror a perder, a confundir, a no obrar bien para los que queremos. *(Mirando hacia el público.)* Aún los veo jugar; sonriendo, gritando. Sólo son niños. Aún los veo crecer; todo lo disputan, quieren tenerlo todo. Son demasiado jóvenes. Los veo marchar; creen que lo saben todo y quizás sea cierto. Me recuerdo en ellos. Pero sé que nunca serán demasiado hombres. *(Al concluir desaparece del escenario, retirándose por la izquierda.)*

*(Se escucha una música infantil fácilmente reconocible, que cesa al punto en que por la derecha aparecen dos actores. Van jugando. Al llegar al centro se sientan en el suelo uno frente al otro. Tienen las piernas abiertas y se pasan una bola que se desliza lenta.)*

ALEJANDRO: Deja de decir bobadas y pasa de una vez la pelota.

TEO: Y pasa de una vez la pelota. *(Dice con sonido hueco, a modo de eco.)* La pelota, la pelota, la pelota... *(Su voz se debilita hasta que por fin desaparece. Lanza la bola hacia delante, recogéndola el otro actor. Una vez que la tiene entre las manos se incorpora y deambula titubeando por el escenario.)*

ALEJANDRO: Yo quise ser marinero. El mar era un sentido poderoso para mi inquietud de niño. Pero ahora soy el primero, la mano derecha, el jefe de un importante astillero. Aunque ya solo veo el mar desde la amplia ventana de mi ático. Son tantas

mis ocupaciones que la última vez que de veras estuve en él fue hace un par de años. Un recorrido a pie por la costa. Recuerdo que la lluvia y el mar, embravecido por el viento, hicieron más hermoso el largo paseo. *(El actor, que se encuentra en el suelo, continúa aún con voz de niño.)*

TEO: Querías el mar y ahora has descubierto que nunca lo tendrás.

ALEJANDRO: *(En pie y ya sin voz de niño.)* Son tantas las cosas y los deseos que se filtran viscosos e incontenibles entre los dedos que tengo la sensación de que algún día hasta yo me deslizaré entre ellos para perderme en el abismo y desaparecer como una parduzca sustancia multiforme.

TEO: *(En su papel.)* ¡Vamos! Deja de decir bobadas y juega de una vez. Tírame la pelota

*(Alejandro se vuelve de modo violento, da un salto hacia adelante y lo mira, le lanza la pelota, que él atrapa, y dice:)*

ALEJANDRO: ¡Te engañé! ¡Me creías enfadado! Sigamos jugando, porque todo es un juego. Si jugamos siempre, nunca nos convertiremos en adultos y la vida no perderá lo espontáneo de estos días.

*(Teo, que sostiene la pelota, lo mira y ríe sarcásticamente con fuertes carcajadas.)*

TEO: ¡Te engañé! No podemos seguir jugando porque ya somos adultos. Lo sé porque nuestros padres son ya viejos.

ALEJANDRO: *(Con voz de niño.)* No te creo. Ellos no son viejos y han prometido llevarnos al parque de atracciones si nos portamos bien. No digas más bobadas.

TEO: *(Con voz de adulto.)* No digo bobadas. No digo nada. Todo lo pensamos, aunque no queramos creerlo. Casi todo lo dice el tiempo, aunque también a él nos cueste creerlo. Sin darnos

cuenta nos espera. Sin creer en él nos obliga. Lo desafiamos y nos doblega. Tratamos de razonar y nos empuja, nos zarandea. Vacía y llena todo a un tiempo.

ALEJANDRO: Envejecemos, ¿quieres decir?

TEO: Nos hacemos de tiempo. Digo.

*(Ambos ponen gestos muy tristes. La pelota cae de las manos y rueda olvidada y solitaria por el escenario.)*

TEO: *(Con aire solemne.)* Es devastador, como el silencio, como la oscuridad en el corazón de un niño, pensar que después el tiempo irá en nuestra contra, que nos beberá como la tierra seca e imposible bebe el agua en silencio y ajena. Luego; lo único que importa verdaderamente siendo niño es vivir ese mundo con total libertad, sin deseo de entrar en ese otro mundo que, tarde o temprano, acabará con los juegos.

ALEJANDRO: *(Instando a Teo.)* ¡Volvamos a jugar! Nada tiene importancia, ni el tiempo, ni la vejez... *(Guarda silencio, como reflexionando.)* Sólo la distancia es importante, sólo el vacío y lo ajeno de estar lejos es importante.

TEO: *(Con voz y ademanes de niño.)* ¡Tenías razón, juguemos! ¡Volvamos a jugar! Seremos niños si deseamos seguir siendo niños.

ALEJANDRO: *(Asustado.)* No, tengo miedo. Si crecemos dejaremos de ser niños y si nos aferramos a esa ilusión seremos dementes.

TEO: *(Excitado y con voz cantarina.)* Sí, sí; un par de locos. Ese es el futuro; un par de locos risueños y despreocupados. *(Ambos ríen sonoramente.)*

ALEJANDRO: *(Cuando dejan de reírse.)* ¿Por qué pensamos esto ahora? No es lógico preocuparse.

TEO: Nada es lógico. Cada cosa tiene el sentido que queremos darle. ¿Somos niños? ¿O somos adultos? Si somos adultos, ¿fuimos

algún día niños? Y si fuéramos realmente niños, ¿crees que seremos algún día adultos? *(Dice, mientras gira alrededor de Alejandro.)*

ALEJANDRO: ¡Ya basta! Me estoy mareando.

TEO: Juguemos ahora al corro.

ALEJANDRO: Sí, sí. De acuerdo, juguemos.

*(Ambos se dan las manos y comienzan a girar. Cantan.)*

Al corro, al corro.  
Vueltas y vueltas.  
Si no te sueltas  
lo tendrás todo.  
Al corro, al corro.  
Vueltas y vueltas.  
Y si te sueltas  
serás un tonto.

*(Gritando.)*

TEO: ¡Que pase el tiempo! Todo da demasiadas vueltas como para preocuparse seriamente.

ALEJANDRO: Sí, que pase. ¡Tarde o temprano nos tocará caer!

*(Ambos caen al suelo. Desciende lentamente el telón. Siguen sonando sus voces cantando la canción del corro, pero cada vez más debilitadas hasta quedar en silencio.)*



## II

*(En el escenario, una barra de bar y dos butacas altas. En el resto del escenario, sillas y mesas. Todo está vacío y en silencio.)*

*Iris pasea por entre las mesas e introduce en ellas las sillas, haciendo ruido al arrastrarlas.)*

IRIS: Nadie. Ya no queda nadie. Todo el mundo se ha marchado. Todos se han ido. Se han perdido en este silencio. *(Baja la cabeza y mira hacia el suelo. Finge reflexionar durante un momento.)* Todos. Quizás aún no han llegado. Tal vez vienen hacia aquí, aunque yo no oigo sus pasos; no los veo. Pero volverán. Sé que vuelven para perder este silencio. *(Se sienta sobre una mesa.)* La tragedia es quizás no saber. Porque saber demasiado es la muerte, lenta y envejecida. Ahora sé muchas más cosas y quizás por eso no tengo miedo a la muerte. Llegan... Los oigo. Dentro de poco estarán aquí. *(Da un salto y se levanta de la mesa. Cae al suelo de rodillas.)* La comedia es querer saberlo todo; pensar que cada cosa debe estar sujeta a una reflexión, a unas causas y a unos razonamientos. Llegan... Los oigo muy cerca. Ya están aquí. Temor, llanto. No queda nada a lo que abrazarme. Sí, la comedia se fundió con la tragedia y todo sabe a luces grises y humo. *(Enciende un cigarrillo y se aleja lentamente, desapareciendo del escenario.)*

*(Entran Morris y su amigo Tasio. Se acomodan en los taburetes frente a la barra. Llenan dos vasos de una botella que hay sobre la barra y comienzan a conversar. A lo largo de la conversación entrará un camarero que se situará tras la barra y varios clientes que se instalarán en las mesas. En varias ocasiones, el camarero saldrá a servir bebidas a los clientes que ocupan las mesas.)*

MORRIS: Todos nos sentimos aturdidos cientos de veces al cabo del día; pero eso, ¿a quién le importa? Lo quieras o no, yo no me ocupo de ti, ni tú de mí. Es cierto que nos importamos y que sobre nosotros gravita una hermosa forma de cariño y complicidad. Somos amigos, pero preocuparse y ocuparse... De eso estamos a años luz. Aunque te parezca extraño, yo lo entiendo, por cruel que parezca. Casi siempre somos demasiado para nosotros mismos, de modo que la mayor parte de las veces no sabemos qué hacer o decir con los demás.

TASIO: *(Gira el vaso entre los dedos, cruza las piernas y, con voz afectada por el alcohol, dice:)* Hay que confiar en alguien. Debemos creer en algo y, si está por encima de nosotros, mucho mejor.

MORRIS: Eres de los que piensan que una mano es mejor desde cuanto más arriba se ofrezca.

TASIO: No lo sé; pero sí que una mano llena, esté a la altura que esté, es preferible a una mano vacía.

MORRIS: Las manos siempre están vacías; sólo aparentan sujetar y contener cosas... Total, para no desaparecer alejándose desarraigadas e inertes. Te digo que no deberías temer a las manos vacías. Preocúpate por las llenas que pretendan aferrarse a ti.

TASIO: En confianza, sólo creo en las manos de una mujer.

MORRIS: ¿De cualquier mujer?

TASIO: ¡No!, por supuesto. No de cualquier mujer. Sólo en las de una cualquiera; son mucho más expertas. *(Se aproxima más a él y dice, como cuchicheando.)* Ya sabes; los resultados son más satisfactorios.

MORRIS: ¿Tomamos otra copa?

TASIO: Está bien. De todas formas, la resaca de mañana será monumental. *(Apura el resto de su copa de un trago. El camarero llena sus vasos.)*

TASIO: Tu voz suena hoy con mucha más gravedad que de costumbre. ¿Qué pasa? ¿Tal vez problemas en casa? Los críos, la mujer... Cuenta; soy tu amigo. Creo que desde hace un par de años nos hemos reunido todos los viernes a beber en este bar.

MORRIS: Sí; religiosamente nos hemos reunido todas las semanas desde hace unos años. *(Lo deja caer con un tono de clara decepción.)*

TASIO: Detecto un cierto reproche en tus palabras o debe ser el alcohol que las hace zumbiar de forma extraña en mis oídos.

MORRIS: Déjate de tonterías. Somos amigos, ¿no?

TASIO: Sí, quizás. Pero por momentos pienso que desde que nos conocemos nuestras confianzas se han reducido al nombre de nuestras esposas, nuestros hijos, nuestros problemas laborales y nuestro tabaco favorito.

MORRIS: Son las cosas de las que hablan dos hombres.

TASIO: No lo dirás en serio...

MORRIS: Es verdad, Tasio; tienes razón y me parece muy triste. En ocasiones siento que soy un ser completamente vacío. Si decidiese contarte mi vida lo podría hacer antes de subir las escaleras que nos separan de la calle.

TASIO: Todo el mundo sabe que hay una edad en la que las personas reflexionamos sobre el tiempo que hemos pasado vivas y acabamos dándonos cuenta de lo lejos que queda todo lo que había parecido importante y básico. Descubrimos el peso del vacío que sin remedio terminará por hundirnos. Pero no debería importarte; pueden ocurrir tres cosas: una, que acabes olvidándolo y pase a engrosar la lista de lo que te hace sentir vacío; dos, que creas en él y te hundas en lo más profundo de la mierda que nos rodea a todos; y tres, que te impulse al completo abandono de todo y te marches a alguna isla griega a tomar el sol, respirar la cálida brisa mediterránea y observar la sólida estructura de los antiguos edificios de piedra.

MORRIS: Díme, ¿cuál me aconsejas?

TASIO: Si te sirve de algo, ninguna. ¿Otra copa?

MORRIS: Creo que sí. La bebida es un dulce impulso para tomar decisiones.

TASIO: ¿A qué decisión te refieres?

MORRIS: A la única decisión posible; la que llevo dilatando desde el día en que mis ideales dejaron de serlo y se desmoronaron. Cedieron ante el empuje de lo real y con ellos fueron barridas también las ilusiones.

TASIO: ¿De qué hablas?

MORRIS: Son cosas mías. No tienen importancia.

TASIO: Es muy extraño oírte decir eso. Todo tiene su importancia.

MORRIS: ¿Es lo que crees?

TASIO: Por supuesto. Cada cosa, por ínfima que nos parezca, tiene un valor inconmensurable a poco que creamos en ella.

MORRIS: Pero es que yo no sé demasiado bien si creo en lo que ronda por mi cabeza. Tengo miedo de entender lo que pienso, porque quizás sea eso lo único con sentido.

TASIO: ¿Y qué tiene de malo que eso sea así?

MORRIS: Que... que de ser cierto, jamás, ¿entiendes?, jamás habría vivido, pues lo que yo había creído vida nada tendría que ver con la vida en realidad.

TASIO: Pero, amigo mío, es lo más normal del mundo. Sentirnos ajenos a nosotros mismos, a nuestra forma de vida, a los seres que queremos, no es más que demostrarnos lo mucho que ellos representan para nosotros.

MORRIS: Te equivocas. Sentirnos ajenos no es más que sentirnos ajenos. Y déjate de idealizar lo que nada tiene de idealizable.

TASIO: Una vida sin ideales es una vida vacía. Con proporciones tan desmesuradas que nos acaba aplastando.

MORRIS: Parece que empiezas a entender lo que trato de decirte.

TASIO: No; no entiendo nada de eso. Sólo sé que si no encontramos alicientes a nuestro modo de desenvolvernos, a nuestra habitualidad, acabamos pereciendo.

MORRIS: Sí, has entendido. Es lo que te decía. Cuando llega ese momento, un pequeño instante en que una ventana diminuta se nos abre hacia un horizonte azul de claridad fría, nos queda la posibilidad de tomar las riendas y, sin contemplaciones, lanzarnos desde la ventana al vacío, poniendo fin a nuestra agonía.

TASIO: ¿Hablas del suicidio?

MORRIS: No, amigo; ¡no! Es de la coherencia de lo que te hablo. Del valor para afrontar lo que es inevitable. Pero no somos héroes y esas son decisiones que nos consumen.

TASIO: No creo que hables en serio. Huir es lo más fácil.

MORRIS: No creas. Huir no es nada fácil.

*(Todo se oscurece. El bar queda casi solitario. La escena se ilumina. El camarero, ajetreado tras la barra secando copas, y dos personas ocupando una de las mesas. Hay dos vasos y una botella. Teo y Alejandro hablan.)*

ALEJANDRO: He estado muy ocupado. Por eso no he podido ir a verlos.

TEO: No necesitas justificarte y, menos, ante mí. Ellos no te lo tienen en cuenta. Desde hacía algún tiempo estaban demasiado ensimismados. Pienso que, a su modo, buscaban un último resquicio de felicidad. El ajetreo de los últimos días, su viaje... Nosotros, como dos meros espectadores; ellos habían tomado una decisión. No éramos quiénes para entrometernos.

ALEJANDRO: No digas eso. *(Repudiando escuchar esas palabras en*

*boca de su hermano.*) Es como si no te importasen. Como si no fueran tus padres.

TEO: ¿Piensas lo que estás diciendo? No lo creo. Los respeto y los quiero tanto como tú, pero tal vez era su única alternativa, el último recurso para intentar salvar lo que les quedaba: la libertad de decidir hasta dónde deseaban continuar.

ALEJANDRO: (*Con mirada distante.*) Tal vez tenían miedo a envejecer.

TEO: No lo sé. Jamás comentaron nada. Es extraño, pero hablaban tan poco de sí mismos... Como si no tuvieran nada que decir o, quizás, consideraran que todo estaba dicho.

ALEJANDRO: Tal vez nosotros nunca prestamos suficiente atención.

TEO: Tal vez...

ALEJANDRO: Me cuesta aceptarlo.

TEO: De niños... (*guarda un breve silencio*). Bueno; me acuerdo de cosas: de largos paseos y de largas charlas con ella.

ALEJANDRO: (*Sobre las palabras de Teo.*) Yo, sobre todo, del mar. Él no hablaba mucho, pero cuando íbamos al mar sus ojos querían decir tanto que mirarlos era suficiente. ¿Recuerdas cuando nos leía poemas?

TEO: Sí, claro. (*Se pone en pie y recita, alzando la voz:*)

Desplegad las velas.  
Izad la bandera.  
Venced a las olas.  
No temed al mar.  
Escuchad al viento,  
pues es verdadera  
su forma y su canto  
frío aguas adentro.

ALEJANDRO: (*Con ansiedad.*) Fuimos felices, ¿verdad?

TEO: Creo que sí. Y que, a su modo, ellos también. Supongo que todos renunciamos a algunas de nuestras ilusiones para poder convivir. Tal vez, ellos a muchas más que nosotros. Pero, a su modo, fueron felices; lo sé.

ALEJANDRO: Sí. En este tipo de cosas es grotesco tratar de hacer balances.

TEO: En último extremo, ser feliz es tan relativo que igualar los momentos de dicha con los de desdicha carece de sentido. Ya que los primeros, aun siendo muchos menos, empañan el recuerdo de los otros hasta casi borrarlos por completo.

ALEJANDRO: No creas. Los malos recuerdos han destruido muchas vidas.

TEO: No te confundas. Son los malos sentimientos los que acaban destruyendo.

ALEJANDRO: Creo que me hubiese gustado despedirme. Decirles algunas cosas que siempre deseé.

TEO: ¿Como qué?

ALEJANDRO: No sé... Quizás que los quería. Que eran para mí algo muy especial. Que decir... Tal vez, tanto. Que los extraño...

TEO: Casi mejor que no hayas dicho nada.

ALEJANDRO: (*Sorprendido.*) Pero...

TEO: Eso. Pero qué egoístas llegamos a ser a veces. No es lo que tú quisieras haber dicho, sino lo que, según tú y un buen número de tús, debías haber dicho.

ALEJANDRO: No me líes.

TEO: No lo intento. Quiero que te des cuenta que ésa no es tu forma de pensar, sino la que la sociedad ha erigido como correcta. Quiero decir, moralmente válida.

ALEJANDRO: No lo veo así. (*A la defensiva.*) Querer. Digo querer en abstracto. No basta; es necesario mostrar que se quiere. Demos-

trar que sentimos un afecto especial por alguien es tan hermoso. Todos necesitamos sentirnos queridos.

TEO: Ellos se sentían queridos. (*Tajante.*)

ALEJANDRO: Quizás sí. Pero desde hacía semanas, tal vez un mes, no había hablado con ellos. Estaba demasiado ocupado con el trabajo para venir personalmente. Y, lo creas o no, cada vez estábamos más distanciados. Ya no sabía qué decirles. Sus cosas ya no eran las mías y, por supuesto, las mías para nada podían ser algo para ellos.

TEO: Es de las cosas de las que debieras haber hablado. Creo que con la confianza y el respeto se demuestra más cariño que con todos los «te quiero» del mundo. En el fondo, dos palabras que, a fuerza de repetir, se han hecho hermosas.

ALEJANDRO: Son en sí hermosas.

TEO: Sí, veamos: «Te», un pronombre sustitutivo de «a ti». Y «quiero», un verbo que indica, en gran parte de sus acepciones, posesión. Es decir, «yo a ti te deseo poseer». Díme que tiene eso de hermoso.

ALEJANDRO: Claro. Dicho de ese modo es imposible que se vislumbre algo de... poesía.

TEO: Convéncete que no deja de ser un mero convencionalismo.

ALEJANDRO: Claro. Y es que, de seguir así, me dirás que regalar rosas es un acto de canallas, porque regalas seres vivos a los que previamente has dado muerte.

TEO: No sé si en defensa propia. (*Tono desenfadado.*)

ALEJANDRO: ¿Qué quieres decir? (*Terriblemente desorientado.*)

TEO: Bueno. Si el que recibe las flores antes te ha regalado, pongamos por caso, una camisa roja con motivos estampados en amarillo, es correcto corresponder con algo tan caduco para demostrar cariño como un ramo de flores.

ALEJANDRO: (*Sonriendo a medias.*) Cada día estás más loco.



TEO: Te equivocas. Yo soy un loco, pero, por desgracia, cada día voy a menos.

ALEJANDRO: Tú y tu eterno elogio de la locura.

TEO: Nada tiene que ver con los elogios.

ALEJANDRO: *(Trayendo a su mente un recuerdo pasado.)* Es verdad. Sólo tiene que ver con el mar y la lluvia.

TEO: Aún te acuerdas de aquello. *(Sorprendido.)*

ALEJANDRO: ¿Cómo olvidarlo?

TEO: Sí; hay momentos en los que sólo los recuerdos nos alientan a continuar.

ALEJANDRO: Y otros en que nos confunden, trastocándolo todo.

*(Todo se oscurece por unos instantes. Cuando vuelve la luz hay tres actores en el escenario: Teo, Alejandro y Natalia. Están subidos en unas mesas de la cafetería. Sobre una, Alejandro con una gorra azul de marinero. En otra, Teo y Natalia oteando el horizonte con un catalejo de papel.)*

TEO: ¡Tierra a la vista!

NATALIA: Sí. Ya se divisa el puerto.

TEO: La maniobra será difícil, pero lo conseguiremos.

NATALIA: ¿Recogemos las velas?

TEO: Sí, marinero.

NATALIA: ¿No es aquél el barco del capitán Tormenta?

TEO: Sí lo es. Quizás vuelva de la caza de la ballena blanca.

NATALIA: Esperaremos a que se aproxime para preguntárselo.

TEO: Ya se acerca. ¡Capitán! ¡Capitán! *(Dice, ahuecando las manos.)*

ALEJANDRO: Decidme, marineros. Os escucho.

NATALIA: ¿Qué tal se dio la pesca, capitán?

TEO: ¿Descubristeis por fin el escondite de la ballena blanca?

ALEJANDRO: Por supuesto que sí, después de haber navegado un año por todos los mares del mundo.

TEO: ¿En qué mar se ocultaba?

NATALIA: Pero, ¿conseguísteis darle caza?

ALEJANDRO: ¡No! Esa ballena es demasiado astuta. Engañaría al mejor de los pescadores.

NATALIA: ¡Contadnos!

TEO: Sí. ¿Cómo sucedió?

ALEJANDRO: Está bien; os relataré la historia. Nosotros la descubrimos y tratamos de darle caza, pero ella logró deshacerse de nosotros desapareciendo en lo inmenso del mar, sin dejar tan siquiera una estela tras su marcha.

*(Una pausa. El escenario se oscurece. Cuando vuelve la luz, todas las mesas están juntas. Cada actor ocupa una.)*

ALEJANDRO: *(Se pone de pie sobre la mesa y recita con voz hueca y rítmica.)* Partimos de puerto en verano y éramos veinte marineros. Sabíamos que el viaje sería largo, como en tantas otras ocasiones fallidas; sin embargo, algo parecía decirnos que en esta ocasión todo sería distinto. En nuestro corazón sentíamos una parpadeante llama de ilusión que nos infundía el valor necesario. Navegamos rumbo al norte, hacia los hielos y el frío. Cuando nos sorprendió el invierno hacía ya semanas que navegábamos en aguas heladas.

*(Sopla un viento gélido.)*

NATALIA: *(Se pone en pie y queda iluminada.)* ¡Capitán! Se han agotado los víveres. *(Idem)*

TEO: ¡Capitán! La tripulación se muere de hambre!

ALEJANDRO: *(Se pone de nuevo en pie y es ahora a quien ilumina la luz.)* Soplaban un viento gélido, un viento de silencio y muerte.

NATALIA: *(Se repite lo de antes.)* ¡Debemos volver, capitán! *(Idem.)*

TEO: ¡Capitán! Debemos volver.

ALEJANDRO: *(Se repite lo anterior.)* La primavera nos sorprendió en aguas más cálidas. Habíamos perdido a la mitad de la tripulación. Pasábamos hambre. Nuestra empresa, en un principio alentada por el ánimo, se nos aparecía ahora como algo lejano, casi olvidado. *(Pausa breve.)* Cuando un día de finales de mayo, divisando la costa africana, avistamos en la lejanía un inmenso surtidor de agua.

*(Quedan todos iluminados; dan muestras de nerviosismo y de gran actividad.)*

NATALIA: ¡A babor, capitán!

TEO: ¡Es la ballena blanca en el horizonte!

ALEJANDRO: *(Teo y Natalia se detienen.)* Cuando todo parecía perdido cruzó ante nuestro barco la silueta inmensa del cetáceo blanco. Se mantuvo a nuestro costado durante varios días, pero el viento no nos era favorable y, cuando tratábamos de capturarla, ella desaparecía, retornando después a una distancia prudencial.

TEO: *(Vuelven a la actividad.)* No lo conseguiremos nunca.

NATALIA: Cada vez se interna más, mar adentro.

ALEJANDRO: *(Idem.)* Crecía el malestar entre los hombres a medida que perdíamos de vista la tierra y nos adentrábamos en el océano oscuro e inexcrutable, como nuestros temores. *(Traga saliva y se detiene unos segundos.)* Después, una mañana mejoró el

clima. Un viento fuerte, pero benéfico, infló nuestras velas y dimos caza a la ballena. Luchamos durante muchas horas, que a nosotros nos parecieron años. A punto estuvimos de naufragar arrastrados al fondo por su sobrenatural fuerza. Al final cedió y acabó prisionera y agonizante a un costado de nuestra nave.

NATALIA: ¡Al fin hemos capturado al monstruo!

TEO: La ballena es nuestra. Bebamos para celebrar la dicha de la captura y la pronta vuelta a casa.

ALEJANDRO: *(Todo se oscurece. Habla Alejandro.)* Después de haberla atrapado sentí como un enorme hueco en el pecho. Aquella noche bebí mucho. Llovía; una lluvia intensa que apenas si enfurecía al mar. Miré hacia la oscuridad del agua y vi a nuestra enorme captura nadando prisionera hacia una muerte cierta. Al día siguiente, cuando desperté, la cuerda que la unía a nuestro barco había sido cortada. No recuerdo bien si fui yo; quizás, no. Nadie hizo preguntas; nadie supuso nada. No volvimos a hablar de aquello.

*(Desaparece la luz. Cuando vuelve todo está como al principio. Las mesas, separadas. Una la ocupan Teo y Natalia; la otra, Alejandro.)*

NATALIA: ¿Cómo fue la captura?

TEO: Sí; contadnos, capitán.

ALEJANDRO: Sólo logramos verla marineros... Sólo la vimos unos instantes en la distancia; después desapareció.

*(Lentamente, la luz se extingue. Un lento rumor de olas llegando a la costa rompe el silencio.)*

### III

*(Desaparece la luz. Cuando reaparece, Iris y Morris están sentados en dos sillas de terraza. Sobre la mesa, un libro, un cuaderno, algún desordenado lápiz. Un camarero vestido con traje oscuro se aproxima portando una bandeja con un juego de té.)*

CAMARERO: ¿Tomarán ahora el té?

IRIS: Yo sí lo tomaré. Y tú, ¿te lo tomarás?

MORRIS: Sí. Creo que yo también lo tomaré, si tú te lo tomas.

IRIS: Agradézcote que te lo tomes, ya que nunca me gustó tomarlo sola.

MORRIS: De igual modo que te ocurre a ti, a mí me sucede algo similar con el té.

IRIS: Te entiendo bien. Debe sucederte algo similar, ya que tan bien te comportas al decidir tomarlo ahora.

MORRIS: Que no te importe demasiado mi decisión. Verte tomarlo me persuade a hacerlo yo también.

IRIS: Te debo una explicación. Tomarte o no tomarte una taza de té en compañía de alguien es algo a tener en cuenta.

MORRIS: Reconozco que sí, aunque deberías explicarte. Te sugiero que inventes una historia que te ayude a salir del paso. Con referencia a este embrollo de tomarlo o no tomarlo.

IRIS: Te diré que te tengo preparada la mejor historia. Sólo el té te convierte en un gentil caballero.

MORRIS: Está bien; desisto. Tú has conseguido encadenar un mayor número de «tes»; no hay quien te quite el mérito. Te mereces un aplauso. Te lo tendré en cuenta la próxima vez que te

pretenda retar. Te admiro por ello y, de llevar sombrero, me lo quitaría.

*(Durante la conversación, el camarero ha permanecido atónito.)*

CAMARERO: ¿Permiten ustedes que sirva el té?

IRIS: Sí, por supuesto...

*(El camarero se inclina y comienza a servir las tazas.)*

CAMARERO: A propósito, ¿me permiten una observación?

MORRIS: Diga usted.

CAMARERO: Perdón, pero, si no es inmiscuirme en nada privado, debo decirle que en la contienda de las «tes» usted ha sido el ganador.

MORRIS: ¿Cómo?

IRIS: ¿Qué dice?

CAMARERO: Sí. En las últimas frases que usted dijo introdujo seis «tes», que ahora enumero: «No hay quien te quite el mérito. Te mereces...». Ya hay tres. «Te lo tendré en cuenta la próxima vez que te pretenda retar». Ya son dos más. Y con el «te admiro por ello», hacen seis; uno más que la señora.

MORRIS: Es cierto. Sin proponérmelo, he ganado.

IRIS: No se puede tener en cuenta. Las cosas dichas sin intención no sirven.

*(El camarero se retira. Morris bebe de su taza.)*

IRIS: Dejemos ahora estos inocentes juegos. ¿No habrás vuelto a echarte atrás?

MORRIS: No, por supuesto. Esta vez la decisión será irrevocable.

IRIS: El lugar es perfecto. Y este viento que enreda entre las copas de los abetos, tan agradable.

MORRIS: Me alegra que no hayamos perdido nuestro buen humor.

IRIS: ¿Por qué habríamos de perderlo?

MORRIS: No sé. Los seres humanos tendemos a ponernos trágicos ante las decisiones trascendentales.

IRIS: Sí, pero no creo que tragedia sea sinónimo de tristeza. Más bien, de espiritual exaltación. Casi todas las tragedias en su trasfondo se tintan de débiles alegrías.

MORRIS: No entiendo qué hay de alegría en morir, tras ver fracasar día tras día tus más hermosas ilusiones.

IRIS: ¿Tienes miedo?

MORRIS: Quizás. Nunca fui demasiado fuerte. En mi carácter huracán se cobijaban mi timidez, mis miedos y cada uno de mis fracasos. Y ahora que he prescindido de ese refugio me rondan con demasiada frecuencia.

IRIS: ¿Me das un beso?

MORRIS: Sí; creo que sí.

*(Ambos se ponen en pie. Lentamente, se aproximan por delante de la mesa, se abrazan por la cintura y se besan larga y cálidamente. Aún continúan abrazados.)*

MORRIS: Ahora sé que, empeñados en ser felices, hemos ahogado toda posibilidad de encontrar felicidad.

*(Iris hace un gesto de desaprobación. Morris continúa.)*

MORRIS: Sí; me refiero a ese tipo de felicidad que supera los momentos breves de placer y acompaña bondadosa y amable cada acto, cada sonrisa, cada pequeño instante que nos configura a lo largo, quizás no tan largo como suponemos, de nuestra vida. Es en este momento, aunque no lo creas y suene a halago o disculpa, cuando realmente y por primera vez quizás estoy experimentando esa sensación. ¿No lo sientes así?

IRIS: Siento, amor mío, que desde hace demasiado tiempo nos hemos aferrado a troncos moribundos que flotaban en el río, buscando nuestra salvación y que es ahora cuando, cansados ya de una lucha estéril, hemos abandonado nuestros esfuerzos dejándonos llevar por la corriente. Es el momento en el que comenzamos a vivir. Somos sinceros, supongo.

MORRIS: ¿Crees que hay alguien que sepa realmente qué es ser feliz?

IRIS: No.

MORRIS: Supongo que deberían enseñar a serlo desde pequeños. Quizás en algún tipo especial de escuelas.

IRIS: Sí; sólo eso deberían enseñarnos. A ser felices por encima de cualquier otra cosa.

MORRIS: Sí; gritar lo que siempre hemos deseado gritar y en el momento en que lo hemos deseado.

IRIS: Sí; ser sinceros. Nadar contra corriente aun a sabiendas de ahogarnos.

MORRIS: Amar y, sobre todo, amarnos. Sabiendo que la única manera de querer algo es previamente queriéndonos.

IRIS: Detener el tiempo. Disparar a los relojes hasta hacerlos trizas.

MORRIS: No competir jamás. Tender la mano un día tras otro. Vaciarla cada vez que esté llena.

IRIS: No poseer nada hasta el extremo que nos posea a nosotros. Acabar con la engañosa felicidad que nos ata a los objetos.



MORRIS: Nunca más te echaré de menos.

IRIS: Siempre estaré a tu lado.

MORRIS: Dos personas fingen remar lentamente.

IRIS: Una bella mujer oprime con fuerza un ramillete de rosas blancas junto a su pecho.

MORRIS: Jóvenes pescadores lanzan sus sedales repetidamente.

IRIS: Niños de cabellos alborotados, ingenuos y sonrientes, recorren con insistencia atroz ambos márgenes del canal.

MORRIS: Suena en la distancia, sobre la ciudad, un alargado violonchelo.

IRIS: Y entre los trinos de los gorriones, un trombón brillante esparce lamentos en la tarde.

MORRIS: La gente llora o sonrío.

IRIS: Muere o vive.

MORRIS: Recuerda o improvisa.

IRIS: Lentamente, las piedras blancas pierden su brillo.

MORRIS: Y la cálida luminosidad de la tarde cede su lugar a las sombras.

MORRIS: Una esbelta bailarina de cristal se arquea y se fragmenta observando lágrimas y sollozos tras la ventana parcialmente abierta.

IRIS: Deseo ser la primera. Allí donde vaya te estaré esperando.

MORRIS: Y si no me atreviese después... Y si volviesen a asaltarme temores o dudas...

*(Iris se aproxima a la mesa y de uno de los bolsillos de la chaqueta azul de Morris [estará colgada tras la silla] extrae una pistola. Se acerca a Morris y la coloca en su mano.)*

IRIS: No tiembles. La paz de mi cara y su penúltima sonrisa te atraerán junto a mí. *(Cogiendo la mano de Morris con la pistola, la aproxima a su corazón.)*

MORRIS: No podré. *(Dice, con voz entrecortada.)*

IRIS: Mírame. Seamos felices o intentémoslo, al menos, del modo que creemos correcto. *(Acaricia con su mano la cara de Morris.)*

*(El escenario se oscurece. Se escucha un disparo y el ruido de un cuerpo al caer. Breve espacio de unos segundos y vuelve la luz. Morris, de pie en el escenario, sosteniendo la pistola humeante. Iris a sus pies.)*

MORRIS: Llega la noche, poniendo fin a una tarde hermosa. Las rosas se marchitan y languidecen lentamente para que, purificada en su agonía, su belleza sea el más fiel reflejo de lo perfecto. No te haré esperar más. *(Aproxima lentamente la pistola a su sien y dispara. Cae junto a Iris.)*

*(La voz de Iris, con el escenario a oscuras, recita el poema:)*

Tengo miedo, madre,  
del sol de terciopelo,  
de mis ojos ausentes,  
de las risas plateadas de la luna,  
del viento entre las ramas,  
de mis manos curvas y temblorosas.

De monstruos ermitaños  
que rondan las alturas

de su mirada, azul y  
transparente  
como un cielo delgado de ausencias  
y de nubes saladas.  
Del agua que gotea en las clepsidras,  
de la arena que se enreda  
entre los dientes,  
del perpetuo imán de los vacíos  
de las olas del mar  
que repiten nuestros nombres.

Y es el dibujo de luz, difuminado,  
casi extinto, de tus ojos oscuros  
lo que me arropa lentamente con  
canciones de cuna.  
Y me devuelve amante  
los juegos perdidos de la infancia.

Me aproximé en silencio  
a su mundo de sueños.  
Descubrí correteando a sus pies  
diminutas ardillas  
que trepaban a árboles  
de raíz azulada.  
Su voz en la mañana  
el susurro del viento  
fue como  
en las formas del vidrio  
fragmentado.  
La tristeza perpetua de  
las olas en su eterno retorno  
en su muerte de espuma.

Nos reconocimos como almas  
quebradas por grietas y profundos  
abismos.

Mirando silenciosos lo estático  
de un mar horizontal.

Las cúpulas de aristas verdeantes  
con agua y restos vegetales  
resbalando entre las piedras  
de nuestros sueños fríos.

Y la mañana sucia que  
nos devuelve al tiempo.

Agotados y estériles. Sin carne  
y en los huesos,  
aterrados por todo.

Esqueletos que brillan en  
los fondos oscuros de una  
mañana sin formas definidas.

Nos besamos y ella me regaló  
la más dulce caricia, sus  
labios y sus manos bañadas  
en un veneno dulce de color  
plateado. Sabiéndome agotado,  
impotente y vacío. Se adelantó  
a mi muerte.







